

## HOMENAJE a la ciudad de Antioquia

**Dedico este ligero estudio al Centro de Historia de la ciudad de Antioquia, y al gallardo periodista y muy distinguido amigo, doctor Fernando Gómez Martínez.**

“Los muertos mandan”. He ahí una verdad irrefutable; he ahí un verdadero axioma. Démosle un vistazo a la historia universal, al pasado de la humanidad, y percibiremos un encadenamiento lógico en las diversas épocas, a igual que en los hombres que batallaron por el progreso y por la perfección del género humano.

El anhelo por el avance siempre ha gravitado sobre los cerebros excelsos, y a éstos, precisamente, es a quienes se les debe lo trascendental que existe. Todo es mutable, pero la permanencia de los hechos que en una u otra forma ha venido contribuyendo al progreso desde el punto de vista general, es innegablemente más efectiva que la ocasionada por los que sólo convergen al alivio y bienestar individual. Aclaremos que no escribimos para los que viven el día solamente, para aquellos cuyos anhelos están circunscritos a la mera satisfacción fisiológica, porque para tales, todo remontamiento será monótono y pérdida de tiempo.

La génesis de la personalidad de este departamento, o sea la ciudad de Antioquia, la que se honrará debidamente el 25 de noviembre del año 41, fecha en la cual se cumplirán cuatrocientos años de su fundación, influye fatalmente en los destinos de este pueblo y determina, desde lo remoto, su modalidad, libertades y prerrogativas, a pesar de que a

bundan gentes que, con indolencia y gran incomprensión, no responden al imperativo llamado de su misma ascendencia.

Desgraciadamente entre nosotros aún se cree que la historia sólo es patrimonio de viejitos desocupados, que se pasan la vida descifrando jeroglíficos en los archivos para luégo contar cuentos largos y cansados. Este concepto intonso tendrá que desaparecer por razón y por fuerza. No se concibe un mandatario, un legislador, un hombre público, etc., que ignore el pasado de la colectividad. Todo se renueva, todo cambia de forma, pero en su totalidad, las esencias primarias, si así pudiera decirse, no se desvirtúan completamente. Creemos en la evolución por cuestiones de razón, pero no incurrimos en la exageración caprichosa de los que la sustentan así.

Se notan algunas afinidades en la vida colombiana a través de las diferentes épocas, más acentuadas en unas que en otras, desde luego, a pesar de que el avance científico y el mecánico ha desplazado casi en su totalidad los medios y maneras de actuar en el pretérito, como también al cambio violento de forma en las costumbres entre muchos de los miembros de la colectividad. Pero esto no es más que aspectos de la personalidad colombiana influida por las ideas confeccionadas y adaptadas al ambiente. La vértebra esencial continúa siendo la misma.

Se nos ocurre comentar el siguiente fenómeno, aun cuando a primera vista no se perciba mucha hilación con lo expuesto arriba: Cuando una generación crítica, combate y sindica de ilusos y de soñadores a los que abandonan el marco común del ambiente en pos de ideas diferentes de las que se mueven dentro de la rutina diaria, luégo, la generación posterior, usufructúa los esfuerzos y sacrificios de aquellos, y se llama a derecho como autora de los anhelos traducidos en realidad. Desde los tiempos en que se tiene noticia de la humanidad, cuando comienza la historia, este fenómeno se ha venido operando con relativa frecuencia. De ahí que la idea primero se conciba, luégo se geste, se dé a luz y se propague, y por último se aplique mediante la adaptación conveniente; y que el autor, rara vez, casi nunca, sobre-

viva a este último término. Muy semejante es el caso del apóstol: en un principio se le obstaculiza, se le coarta y ridiculiza, pero posteriormente la colectividad lo dignifica y aplica las fórmulas de él sin reato alguno, y como las más convenientes para su misma subsistencia. Por eso es por lo que creemos en la evolución acompasada, mas no en los brincos de la naturaleza, de las ciencias, de las artes, etc., etc. No se debe negar que la evolución es más impulsada por aquellos que luchan con denuedo por aplacar la aflicción colectiva, que por los que sólo se preocupan por mitigar su propia aflicción. Lanzarse a la búsqueda del alivio para calmar la desesperación colectiva, ha sido la labor de los varones; atender a la desesperación individual, no implica tanto esfuerzo. Lo primero es cuestión de pensamiento y de espíritu, lo segundo patrimonio hasta de los animales inferiores.

Creemos que lo que dejamos escrito, nos servirá de fundamento en lo que a continuación expresaremos acerca de la histórica ciudad de Antioquia.

En todas las ciudades, poblaciones y aldeas del departamento, el espíritu de la ciudad que fundó el marical don Jorge Robledo ha informado su misma vida. Y así como el oxígeno se halla siempre en la atmósfera, de igual manera está dilatado en el ambiente antioqueño ese compuesto grandioso, o sea **la ciudad madre.**

Allí se gestaron los primeros anhelos de progreso; allí tuvo asiento la primera aristocracia pensante de esta sección de la república; allí se tejió el más vivo entusiasmo por la idea emancipadora de la península, y allí se perfiló primeramente la tan decantada expresión de la señoría antioqueña. De esa ciudad ilustre salieron en tropel los aires estimulantes que fortalecieron el departamento espiritual y materialmente para gloria de Colombia.

### **Un poco de historia.**

En torno a la fecha de la fundación de la ciudad de Antioquia y de los traslados llevados a cabo hasta quedar de manera definitiva en el lugar en donde actualmente se encuentra, ha habido bastan-

te controversia entre los esclarecidos hombres de letras, el presbítero Francisco Luis Toro, y los doctores Antonio Gómez Campillo y José M. Restrepo Sáenz. Posteriormente, don Gabriel Arango Mejía contribuyó con su gran acervo de conocimientos en materia de historia a dilucidar tan intrincado problema. (Arango Mejía es uno de los comisionados por el gobierno departamental en la ordenación de los documentos para rendir homenaje a la ciudad de Antioquia en su cuarto centenario. Con colaboradores de esta clase, el volumen histórico que pronto verá la luz pública, seguramente será un aporte decisivo a nuestra literatura histórica); y por último, el doctor Julio César García sacó una conclusión que, a nuestro entender, fue aceptada por todos. Las razones que adujo el doctor Gómez Campillo son potísimas, y a éstas y a las de Sardella (crónista de la conquista), nos acogeremos en la narración suscita que a continuación emprenderemos, ya que José Antonio de Plaza, Lucas Fernández Piedrahíta, José Manuel Groot, Alvaro Restrepo Euse, Manuel Uribe Angel, Antonio José Restrepo, Tomás Cadavid Restrepo, Henao y Arrubla y otros historiadores de gran valía, no han coincidido en cuanto a la verdad histórica del caso que contemplamos.

La personalidad de Jorge Robledo indudablemente fue de las más sugestivas de los tiempos de la conquista. En esa época formidable de nuestra historia, cuando se debatían el valor, la fortaleza de espíritu, la ambición, la crueldad y hasta el mismo anhelo de grandeza, el fundador de Antioquia se destacaba de manera imponderable. Muchos hubo como él de gran prestancia y arrojo, pero éste, a pesar de sus defectos y ambiciones, fue de los más virtuosos y rectos en el cumplimiento del deber. Su alma, era una verdadera alma conquistadora; pues la intrepidez, la audacia, el valor tan probado, la distinción en las maneras y el cumplimiento a la palabra dada, hecho remoto en aquellos tiempos, cuando al pobre indio casi siempre se le traicionaba, después de haberlo embaucado con promesas mentirosas, fueron las características esenciales del mariscal Robledo. En este gallardo conquistador todo fue singular y levantado, inclusive su misma muerte. A

medida que avancemos en este estudio, puntualizaremos los hechos más destacados del gran capitán.

Acerca del origen de Robledo, los historiadores aún no han sacado una conclusión precisa. Unos opinan que es netamente español, y otros que persa. Las razones de los últimos son las más aceptables, y de ahí que nos inclinemos a éstos. Lo que sí se da por cierto es que Robledo actuó como guerrero en Europa, y que luégo de haber sido ascendido a la dignidad de capitán, desempeñó un gran papel en la campaña de Italia contra Francisco I. Posteriormente pasó a las Indias y colaboró con magnífico acierto en la conquista del Perú al lado de Pizarro. Diez años más tarde, o sea en 1539, después de haber actuado en la refriega conquistadora de esa nación hermana, arribó a Popayán, acompañado de Lorenzo de Aldana. Conceptúan algunos que el viaje de Robledo tenía por objeto aprehender a don Sebastián de Belalcázar, y otros, que precisamente era todo lo contrario, o sea uno de los compañeros de él. Pero como posteriormente Belalcázar demostró tanta pasión contra Robledo y no cesó en ello hasta que hubo autorizado la muerte de éste, nosotros optamos por aceptar que Robledo sí anduvo en la persecución de Belalcázar, pues de otra manera no se compaginaría la verdad histórica con los hechos realizados. Belalcázar tenía más jurisdicción en todo sentido que Robledo, y no se concibe que la ambición lo hubiese cegado hasta el punto de cometer semejante acto de barbarie, como el que cometió por lo que no le era menester. Una razón más poderosa que el pesar por los triunfos de Robledo, tuvo que haber influido en el ánimo del fundador de Popayán y no hallamos otra que la persecución de Robledo por orden superior.

De Popayán salió Robledo hacia Cali, y allí, después de varias operaciones, que no corresponde analizar en el presente estudio, fue nombrado alcalde de la ciudad. Como el objetivo primordial de entonces era el de descubrir territorios y fundar poblaciones, Robledo recibió orden de abandonar la ciudad de Cali para que marchara hacia el norte con el fin de llevar a cabo las fundaciones citadas. Se le recomendó muy especialmente que le diera el nom-

bre de Santana de los Caballeros a la primera fundación que hiciera. (He percibido en varios historiadores, especialmente en una de las obras del doctor Julio César García, que el nombre de Santana de los Caballeros había sido acordado en atención a que Robledo y sus acompañantes eran personas correctas). Y el mismo año, 1.539, después de haber realizado un largo viaje acompañado de un centenar de personas, arribó al valle de Humbría e hizo allí la fundación el 15 de agosto de 1539, de acuerdo con el nombre que le habían recomendado. Posteriormente le cambiaron el nombre de Santana de los Caballeros por el de Anserma, y más tarde fue trasladada a una distancia de 20 kilómetros del lugar respectivo.

En 1540, el conquistador, después de haber dejado en firme material y jurídicamente la fundación de Santana de los Caballeros, y consecuente con sus anhelos personales y órdenes que se le habían dado, siguió adelante en la lucha por fundar y descubrir. Con no pocas dificultades arribó al pueblo de Irra, y mediante gran habilidad, pasó al otro lado del torrentoso Cauca, e hizo amistades con los naturales de Neira, Aranzazu, etc., y se vió en el caso forzoso de tener que entrar en campaña con los indios de Picora, Paucura y Pozo. La refriega fue brava pero el mariscal Robledo supo emplear el arte guerrero para salir vencedor de tan peligroso encuentro. Muchos fueron muertos, y entre los heridos se encontraba él. Los caciques de las tribus vencidas no tuvieron más recurso que someterse al español vencedor y colmarlo de ricos presentes. Se debe tener en cuenta que Robledo tuvo qué vérselas con guerreros aguerridos y gran temeridad, pues los pozos eran temibles y temidos y sólo habían podido competir con ellos los pijaos, quienes simbolizan el valor y la ardentía indígena entre nosotros.

Las heridas que recibió el conquistador fueron muy graves, y después de haber sufrido bastante carecían de los medios y comodidades para en estos casos, y no completamente curado, salió con su gente, entró a Paucura y luego a la provincia de Arma. Tomamos de la Historia de Colombia del doctor Julio César García, la siguiente descripción: "La pro-

vincia de Arma recibió tal nombre, "por salir los guerreros armados de pies a cabeza, con chapas de oro batido, en orden y disciplina militar, con banderas que llevaban estrellas y otras figuras bordadas en oro finísimo; en sus casas cabían hasta 25 vecinos casados". Pasados algunos días y después de haber hecho las observaciones del caso para las actuaciones posteriores, volvió hacia atrás y entró a la provincia de Quimbaya. Luégo de haberse situado a poca distancia del río Otún, llevó a cabo la fundación de San Jorge de Cartago —9 de agosto de 1540—. Posteriormente trasladaron esta ciudad al sitio en donde actualmente se encuentra Cartago, cerca del río la Vieja, y el lugar en donde se hizo la primera fundación, es donde actualmente está situada Pereira.

Debido a que el gobierno de Cali había sido cambiado y a don Pascual de Andagoya le correspondía el control por donde actuaba Robledo, éste resolvió regresar a Cali con el objeto de obtener la ratificación en las labores que realizaba y que anteriormente le habían sido encomendadas. En Cali tuvo muy buena acogida, y una vez hubo arreglado sus cosas, emprendió de nuevo la marcha. En esta otra ocasión tocóle pasar por varios pueblos: Zemfora, las Peras, etc. Este último con el correr del tiempo se fue extendiendo, y hoy lleva el nombre de Amagá.

Con él andaba Jerónimo Luis Tejelo, y luégo que llegaron a Murgia, lo despachó para que explorara el valle de Aburrá, en el cual está situada la ciudad de Medellín. Posteriormente Robledo salió de Murgia hacia el valle que acababa de descubrir Tejelo, y permaneció allí algunos días en observación para continuar la marcha. El doctor Antonio Gómez Campillo dice que Robledo buscaba una provincia llamada Arví que solamente existía en su mente. Estamos de acuerdo con el doctor Gómez Campillo, porque de otra manera no se explica cómo Robledo de manera tan tenaz y arrojada persiguiera sin decepcionarse algo que no encontró por los cuatro puntos cardinales.

Robledo con los suyos abandonó la provincia de Aburrá el 25 de agosto de 1541, y salió al Cauca.

De una cima lo divisaron, y con gran dificultad pudieron bajar a él. Entonces no existían caminos por donde pudieran pasar las bestias sin peligro, y estos animales eran tenidos en mayor estima que los mismos hombres. En la historia abundan los casos en que la pérdida de un caballo fue más lamentada que la de tres o más personas. Robledo continuó la marcha hacia el norte, y después de no pocas peripecias llegó a los llanos de Ovejas.

Luégo que bajó al río con su gente, percibió un pueblo de indios, los cuales, una vez vieron al español, abandonaron el lugar y se pasaron a la banda contraria. En el sitio que éstos acababan de abandonar, halló el conquistador grandes panales de sal y abundancia de maíz. Y como era menester entrar en comunicación con los naturales para llevar adelante los proyectos del conquistador, se ordenó que algunos de los suyos ganaran la orilla contraria y le expresaran a la tribu corrida, que ellos, los españoles, deseaban que volvieran a su lugar primitivo puesto que su mayor anhelo era el de mantener la paz. Allí, en ese pueblo indígena que después tomó el nombre de Córdoba, los españoles permanecieron por cuatro días. Luégo emprendieron la marcha venciendo toda clase de obstáculos, y diez kilómetros abajo por la orilla del río, encontraron otro pueblo indígena. Este lugar queda muy cerca al puente de occidente y allí se encuentra el caserío de Quebradaseca. En este pueblo permaneció Robledo por algún tiempo, y su espíritu atrevido, a pesar de los temores de sus compañeros, determinó que se continuara la marcha y la persecución de los naturales. La temeridad de Robledo fue necesaria no sólo para salir de los pasos difíciles que a cada momento hallaban por el desconocimiento de la topografía de la región, sino por la misma zozobra en que los naturales los mantenían, ya por temor o por odio. De buenas a primeras los indígenas no podían mirar con buenos ojos al español intruso, máxime que éste se inmiscuía en sus vidas de manera violenta y postergaba hasta sus más simples derechos.

Que la barbarie conquistadora fue necesaria para introducir ideas y costumbres más acordes con el término civilización, es una cosa, pero el derecho

a la vida, a los bienes y a la libertad de los primitivos habitantes de Colombia, es otra muy distinta. Pero como no se trata de hacer consideraciones de esa índole en la presente ocasión, continuaremos la narración suspendida.

Vencido el temor de las gentes de Robledo, éste inició el paso del río Cauca. Ocho días estuvieron dedicados a ganar la orilla contraria; hubo descabros en la empeñada labor y dos de los mejores caballos perecieron; ya expresamos que éstos se apreciaban más que la vida humana. Ganada la orilla contraria, el conquistador emprendió con sus compañeros la marcha. Dice el cronista que los caminos eran tan malos entonces, que luchando de sol a sol, sólo lograban recorrer siete kilómetros y medio. Pero a fin, venciendo serias resistencias que la naturaleza les presentaba, llegaron a la provincia de Currume. Este fue el lugar principal para el desarrollo de las operaciones posteriores que culminaron con la fundación de la ciudad de Antioquia.

En la provincia de Corome o Currume, los españoles tuvieron que hacer gala de su arrojo para desplazar a los naturales. Allí fue en donde Robledo ideó la manera de herrar los animales que llevaba, circunstancia que había que vencer a todo trance, debido a que la vida de los jinetes y de los caballos estaba constantemente expuesta por lo resbaladizo del terreno.

De Currume salió Robledo con cuarenta hombres después de haber dejado el resto de la gente con el capitán Alvaro de Mendoza, y al cabo de dos días descubrió el valle de Ebéjico. Los indios de allí fueron informados de que los españoles habían invadido otros lugares poblados por naturales y que para con éstos no se había gastado mucha bondad. De ahí que los indios de Ebéjico, estuvieran preparados para recibir agresivamente al español. A una distancia moderada Robledo percibió las maniobras de ellos, quiénes gritaban, bailaban y herían la serenidad de la selva con sus alaridos; y con gran serenidad los llamó a la concordia. Los naturales enviaron un indio que fue a Robledo para invitarlo a que pasara al lado de ellos, pero como estaba oscuro, el capitán temió que fuera una emboscada; y no

se equivocó debido a que éstos habían ideado la manera para eliminarlos esa misma noche. Al día siguiente los indios formados en escuadrones, pasaban de seis mil, se mofaban de los españoles de manera cínica. Robledo, en vista de que los naturales no avanzaban, mas sí eran un motivo de preocupación, soltó uno de sus perros, el cual, luégo que hubo mordido a uno de ellos, influyó en el ánimo de los otros, puesto que se corrieron amedrentados. Estos no conocían tal animal y cada vez que lo oían ladrar se desbandaban.

No fueron pocas las celadas que le tendieron los naturales al conquistador, pero éste no fue incauto, y aparentando rara serenidad, no se movió del lugar en donde se hallaba, o sea el valle de Ebéjico, donde un poco más tarde fue fundada la ciudad de Antioquia.

En vista de que el estado de cosas continuaba sin posibilidad de cambio, Robledo llamó a los naturales en son de paz; y éstos, con desconfianza, se arrimaron a los españoles y se quedaron deslumbrados ante los caballos y las barbas de los peninsulares. Es de notar, que el caballo era animal desconocido en aquellos tiempos. Pasado el asombro, los primitivos les expresaron a los españoles que los dejaran en paz, que esas tierras eran de ellos., y mejoradas y productivas por su trabajo, etc. Pero el capitán les expresó que venían en nombre del rey de España, etc., como si estas razones fueran lógicas para justificar los torrentes de sangre indígena que semejantes despojos implicaran. Muchos expresan que la civilización contemporánea justifica tan enorme sacrificio, pero nosotros en este caso permaneceremos silenciados.

Posteriormente Robledo regresó a Corome en donde había dejado parte de la expedición bajo la dirección del capitán Mendoza, y después de haber cambiado ideas con los suyos y de haber preparado cincuenta hombres para continuar la exploración comenzada, salió de ese lugar y volvió a dejar al mismo Mendoza en calidad de jefe de las gentes y al cuidado de las cosas adquiridas.

Luégo que trasmontaron la cordillera, pasando por caminos imposibles, descubrió la provincia

de Penco y las comarcas de Parruto y Guaramí. De estos lugares los indios tuvieron que salir en tropel abandonando sus posesiones tan preciadas, debido a que fueron informados también de la suerte adversa que habían corrido los naturales de Currume con la llegada de los españoles.

En el despojo de los indios, choques, derramamientos de sangre, medidas audaces adoptadas de parte y parte, etc., el cronista abunda en detalles y consideraciones que no es el caso de tener en cuenta para el fin que nos proponemos en este estudio.

Pero no queremos dejar pasar de manera inadvertida el siguiente caso: si los naturales hubiesen estado más preparados para la lucha, a igual que estimulados por medios de defensa menos rudimentarios, la conquista no se hubiera llevado a cabo en tan poco tiempo y de manera tan ventajosa para España; ésta bien pudo haber traído toda su gente, pero el valor y la ambición peninsular se hubieran estrellado contra la resistencia indígena.

Una vez se hubo organizado mejor Robledo en la provincia de Ebéjico, pensó fundar una ciudad estimulado por las buenas circunstancias del lugar y del terreno, y para ello envió algunos de los suyos a la provincia de Currume con el objeto de avisarle al capitán Mendoza que se movilizara con la gente hacia el sitio en donde él se encontraba. En Currume se tenía a Robledo por muerto, pues hacía ya tiempo nada sabían de él, y la noticia colmó de regocijo a los que allí se hallaban.

Después que se reunió la gente que venía de Currume con la de Robledo en la entrada del valle de Ebéjico, entraron en consideraciones para llevar a cabo la fundación de la ciudad de Anitoquia. Robledo les expresó a los naturales la conveniencia de optar por una vida más civilizada, ensanchar la agricultura y emplear medios más eficientes que los de ellos, a igual que construir casas, etc. Luégo envió a Jerónimo Luis Tejelo para que recolectara medios de subsistencia antes de que los indios los escondieran para sitiarnos por hambre y hacerlos fracasar en la labor emprendida. Hacemos notar que Robledo con gran comprensión ordenó que sólo se

recolectara lo que fuera necesario a ellos, para que de esta manera los naturales pudieran atender a sus necesidades.

Advertimos, eso sí, que si la gente que comandaba Mendoza no llega a tiempo, Robledo con los suyos hubieran sido hombres muertos. Pues los naturales de Ituango salieron a la defensa de los de Ebéjico, y en los momentos en que éstos ya unidos dominaban la gente del conquistador, Mendoza apareció como el salvador del anhelo español. La derrota de los indígenas fue total; los incautos con gran facilidad se dejaban alcanzar por las lanzas de los españoles; y entre éstas y los caballos, el destrozo indígena fue terrible. Cada español, pasó con su lanza a más de veinte naturales, y los desgraciados no tuvieron más recurso que renunciar a la lucha y entrar por el humillante sendero de la resignación impuesta e injustificada.

En estas condiciones y percibiendo un ambiente de zozobra, el mariscal don Jorge Robledo fundó la ciudad de Antiochia (en castellano Antioquia) en el valle de Ebéjico el 25 de noviembre de 1541 y en nombre del rey de España. Pasada la ceremonia acostumbrada en estos casos, nombró alcaldes de ella a Diego y Alvaro de Mendoza, y regidores al capitán Juan Vallejo, Juan del Busto, Francisco Avendaño y a Francisco Pérez Sambrano. Esta fundación se hizo en nombre del monarca español, como ya lo expresamos, y con poder de don Sebastián de Belalcázar, quien era el gobernador de la provincia de Popayán y cuya jurisdicción alcanzaba los lugares que comentamos.

Muchos sostienen que el mismo Robledo en alguna ocasión había expresado que el 21 de noviembre de 1541 era la fecha de la fundación, pero esta declaración no aparece por parte alguna. El doctor Gómez Campillo sostiene que la fundación se hizo el 25 del mes citado, y Sardella, la fuente más fidedigna que hasta hoy se conoce, expresa lo propio. Luego, Antioquia fue fundada el 25 de noviembre del año de 1541, en la provincia de Ebéjico, cerca a la población de Peque.

En cuanto al nombre de Antioquia, nada en claro se ha sacado: todo es conjetura. Unos opinan

que por el hecho de haber llegado con los españoles un sirio, se escogió tal nombre; otros, como el doctor Manuel Uribe Angel, que Antioquia significa en el idioma de los indios tierra de oro, y nosotros optaremos por la tesis de los que sostienen que Robledo le dió el nombre de Antioquia a la ciudad que había fundado, porque a bien lo tuvo, porque le provocó.

De Antioquia, el mariscal mandó a don Antonio de Pimentel acompañado de treinta hombres para que conquistara a los naturales de Peque, y posteriormente salió con dirección a España, al par por la provincia de Currume hizo llamar a los indios con el objeto de proponerles un pacto pacifista; éstos no fueron con él, y por la fuerza, hizo que uno de los jefes lo visitara. Le habló largamente acerca de la conveniencia de la paz y de los estragos que les ocasionaría la guerra, etc. y los dejó tranquilos en sus bohíos.

Suponemos que el viaje de Robledo a España estaba determinado por el anhelo de obtener del monarca mayor dignidad respecto de los lugares descubiertos y fundaciones realizadas por él. Porque dígame lo que se dijere, Robledo no fue propiamente un usurpador.

De Peque salió hacia la provincia de Penco, pasó por el pueblo de Quienquiera, y después de vencer serias dificultades que la naturaleza le presentaba, llegó a los valles de Nore y arribó a la provincia de Guaca. Esta era la mejor de todas las poblaciones de aquellos contornos. De Guaca salió hacia Cartagena después de haber observado las destrucciones que habían quedado de los frecuentes choques entre los de la ciudad heroica con los naturales de las regiones por donde pasaba.. Lo que le tocó contemplar a Robledo, es lo que simboliza indudablemente una de las páginas más sangrientas de nuestra historia. Cuánta desesperación, cuánto anhelo violentado y destruído, y cuánto dolor indígena fueron ocasionados por la ambición española!

Luégo que hubo llegado Robledo a San Sebastián, fue reducido a prisión por los Heredias y remitido en calidad de tal a España dizque por usurpador. Es decir, don Pedro de Heredia sindicó a Roble-

do de usurpador como si él no lo fuera, y por la ruta que el conquistador había seguido. Heredia se trasladó a la provincia de Ebéjico, en donde Robledo había hecho la fundación. Allí hizo prender a los hombres que el Mariscal Robledo había dejado al frente del gobierno, y sin más título que su propia ambición, se declaró amo y señor de la ciudad. Muchas de las personas mortificadas por la usurpación atrevida de Heredia abandonaron el lugar y salieron en la búsqueda de Belalcázar, quien se hallaba en Popayán y cuya autoridad reconocían. En el trayecto se toparon con el capitán Juan de Cabrera, quien se dirigía hacia Antioquia por orden del gobernador de Popayán y con el objeto de exigirle a Robledo rendimiento de cuentas por sus operaciones llevadas a cabo, y con éste regresaron a la población de Antioquia. Allí redujeron a Heredia a prisión y se trasladaron con él al lugar en donde se hallaba Belalcázar después de haber dejado organizado el gobierno en la ciudad que se acababa de fundar. Pero antes de regresar Cabrera, fue cuando él hizo la primera traslación de la Antioquia fundada por Robledo el 25 de noviembre del año de 1.541. Aquí nos detendremos un poco ya que ésta es la parte complicada del problema:

Corría el año de 1542, y el 30 de octubre, probablemente el capitán Juan de Cabrera hizo la traslación de Antioquia al valle de Nore, lugar apropiado y muy cercano del que posteriormente eligieron para fundar la ciudad de Frontino.

Juan de Castellanos, en sus elegías, se expresa de la siguiente manera acerca del primer traslado de la ciudad de Antioquia:

**“Después que Heredia fue desbaratado  
y Belalcázar le tomó la gente,  
El pueblo de Antioquia fue mudado  
a sitio y a lugar más conveniente”.**

Los naturales no dejaron desarrollar la primera Antioquia fundada en 1541; pues el ambiente de intranquilidad se agravaba con el correr de los días, hasta el punto que en un descuido ligero de tres españoles en los alrededores de la ciudad, los naturales les dieron muerte inmediata. De ahí que las ra-

zones de Cabrera fueran poderosas para llevar a cabo el primer traslado, no sólo por lo que atañía a la vida de sus habitantes, sino al progreso y ensanche de la población.

El conquistador sufrió muchas mortificaciones durante el viaje a España en calidad de preso, a igual que durante la estada forzosa en esa. Cuál sería la decepción del gallardo conquistador al verse deshonrado de manera tan atropellada, cuando precisamente él había salido de la ciudad que poco antes fundara colmado de entusiasmo y optimismo en busca del monarca español para que le concediera la dignidad a que tenía derecho para regresar a las tierras en donde de manera decisiva había trabajado con peligro de su vida; pero la caprichosa suerte le fue adversa en esta vez. En España estuvo recluído varios años, y al fin sus méritos y derechos fueron puestos en claro ante el monarca peninsular. En 1.546 logró salir de España portando escudo y las dignidades que cuatro años atrás anhelara.

Ya en estas tierras, el mariscal Robledo volvió a emprender con vivo entusiasmo la labor suspendida; y en el hermoso valle del Tonusco—1.546—fundó a Santafé de Antioquia, o sea la que hoy existe. Entonces tenemos tres Antioquias: la fundada por Robledo en 1541, la trasladada por Cabrera y la Santafé de Antioquia que estamos comentando. Aquí es donde radica la contradicción de los historiadores y en donde el doctor Gómez Campillo aclara el problema. Adelante volveremos sobre este punto, cuando lleguemos al traslado que hizo Gaspar de Rodas de la Antioquia trasladada por Cabrera.

Quisiéramos comentar a espacio la expedición de Badillo por estar tan relacionada con la última fundación de Robledo, pero nos extenderíamos demasiado. De ahí que sólo expresaremos en relación con dicha expedición lo siguiente: Badillo y su gente cometieron actos de barbarie atroz, pues la piedad era sentimiento extraño en aquellos bárbaros peninsulares. En Buriticá quemaron vivo al jefe de los naturales, estos partidarios del dolor indígena, más salvajes que los mismos salvajes, pues venían de centros civilizados y por razón y por fuerza estaban desautorizados para proceder con semejante

exageración. Entre éstos sobresalieron Francisco César y Pablo Fernández. Pero pensamos que más que el dolor indígena los españoles desesperadamente buscaban oro, el cual casi nunca disfrutaron, con raras excepciones.

Don Pablo Fernández fue quien descubrió el valle de Tonusco y la ribera correspondiente del río Cauca. Robledo en sus exploraciones anteriores no había conocido el valle que descubrió Fernández, y con setenta hombres que lo acompañaban, fundó allí a Santafé de Antioquia, en junio o julio del año de 1546, pocos meses antes de su muerte.

El mariscal eligió ese lugar para llevar a cabo la fundación por la exuberancia y riqueza del terreno. Parece que Robledo no le hubiera dado el nombre de Santafé de Antioquia a la fundación que acababa de efectuar, sino el de Santafé solamente.

Total, que para la mayor claridad de lo que hemos venido expresando por escrito, la Antioquia trasladada por Cabrera al valle de Nore y la Santafé de Antioquia fundada por Robledo en 1546, coexistieron y que la fundación de esta última fue posterior al traslado de Cabrera.

Antes de avanzar en el comentario de la ciudad de Antioquia, seguiremos a Robledo hasta su macabra muerte:

El conquistador había sido elevado a la dignidad de mariscal a su regreso de España y antes de la fundación de Santafé de Antioquia. Lo estimulaba la perspectiva de llegar a ser gobernador de Antioquia, Anserma y Cartago, una vez saliera ileso de los cargos que contra él se investigaban. Pues si salía bien de la investigación citada, quedaba autorizado para gestionar la desmembración jurisdiccional de Belalcázar, o sea separar de su gobierno las regiones mencionadas.

El mariscal había dejado en San Sebastián a su esposa, con la cual hizo el último viaje de España; y después de haber llevado a cabo las operaciones en el valle de Tonusco, se dirigió aceleradamente a la villa de Santiago de Arma, génesis de la muy ilustre ciudad de Rionegro. Arma queda a poca distancia de la ciudad de Aguadas, en el departamento de Caldas, y la había fundado don Miguel Muñoz en

1.542 por mandato de don Sebastián de Belalcázar. Posteriormente, en 1783, fue trasladada al lugar en donde está hoy situada la ciudad de Rionegro, por disposición de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá.

Actualmente la municipalidad de Rionegro inicia las gestiones para celebrar el cuarto centenario de dicha ciudad, y para ello ha tenido el acierto de delegar tan encomiable y patriótica empresa, al destacado hombre público y muy esclarecido rionegreño, doctor Carlos Uribe Echeverri.

En Arma no aceptaron las credenciales de Robledo; el cabildo denegó la autoridad de él, y el mariscal tuvo que apelar a la fuerza para imponerse; pero en Cartago y Anserma le dieron mejor recibimiento.

Informado Belalcázar de lo boyante que iba Robledo, y quizás teniendo en cuenta la consideración que en otra parte de este estudio hicimos, a igual que el temor por que sus dominios pudieran reducirse, salió bien equipado con su gente dispuesto a eliminarlo. El mariscal fue vencido en la loma de Pozo por más de un centenar de hombres, y Belalcázar, mediante la insinuación de Francisco Fernández Girón, decretó sin miramiento alguno la pena de muerte del fundador de Antioquia. Y el 5 de octubre de 1.546, fecha indicada para cortar tan importante vida (no le concedieron el derecho de morir como caballero, degollado, a pesar de haberlo solicitado insistentemente), cobardemente destrozaron esa existencia a garrotazos. Luégo ensartaron la cabeza del mariscal en un palo, la colocaron en lugar visible, y el cadáver después que fue desenterrado por los indios, a igual que los de sus compañeros de suplicio, fue comido por los naturales.

Doña María Carvajal, esposa de Robledo, fue a Santafé de Bogotá en busca de la protección de Armendáriz; al poco tiempo casó por segunda vez, luégo por tercera.

A Belalcázar le siguieron juicio por las injusticias llevadas a cabo durante su permanencia en estos territorios; de todos se libró, pero no de la muerte infame en la persona del mariscal don Jorge Robledo. Y en calidad de preso fue llevado a Cartage-

na para luego continuar con él hacia España en donde debería percibir el fallo correspondiente a tan tremendo crimen. Aquí tomamos del doctor Julio César García lo siguiente: "Pero como a limas sordas del sentimiento no hay diamante que no fallezca, el pesar lo abatió y le causó la muerte en la misma ciudad de Heredia en el año de 1551".

Volvemos a recoger el hilo de la narración que traíamos en relación con la ciudad de Antioquia:

Jorge Robledo había dejado al frente de los destinos de Santafé de Antioquia a Jerónimo Luis Tejelo; y Belalcázar un poco después, envió a Juan de Coello con Gaspar de Rodas, seguramente para afianzar su dominio en la ciudad que fundó poco antes el conquistador. Entonces fue cuando Gaspar de Rodas efectuó el segundo traslado de la ciudad de Antioquia al lugar en donde se había fundado a Santafé de Antioquia. Este traslado se hizo en el año 1547, y recordamos que Santafé de Antioquia fue fundada en 1546. Las razones de Gaspar de Rodas para llevar a cabo tal operación, fueron varias, y entre estas especialmente, la riqueza del lugar y los medios naturales de defensa de los frecuentes ataques de los indios. Don Gaspar de Rodas, hombre de ambiciones, accedió a la primera insinuación que le hicieron en relación con el traslado. De ahí, que jurídicamente la Antioquia trasladada primero por Cabrera fue incorporada o refundida en la Antioquia que fundó Robledo en el año de 1546 con el nombre de Santafé de Antioquia. La ciudad que acababa de ser abandonada se fue desintegrando paulatinamente, hasta que quedó convertida en un caserío indígena sin importancia, a igual que la primera Antioquia fundada también por el mariscal en el valle de Ebéjico en 1541.

Debido a que Belalcázar no estaba autorizado para erigir en capital de provincia a Santafé de Antioquia, hubo de esperarse a que Felipe II lo permitiera, y el 30 de octubre de 1584, se llevó a cabo mediante la cédula real correspondiente. De esta fecha en adelante, Santafé de Antioquia quedó constituida en capital de provincia de manera definitiva. Pero el título de ciudad no lo vino a tener sino de 1590

en adelante; con anterioridad a esta fecha sólo le correspondía el de villa.

En un principio se creyó que la primera Antioquia se repoblara, pero esto no pasó de la categoría de prevención, debido a que lentamente se fue extinguiendo.

Acerca del nombre de Santafé de Antioquia abundan los conceptos encontrados, pero parece que de 1643 en adelante, el nombre compuesto, Santafé de Antioquia, ya no figuraba en los papeles oficiales sino el de Antioquia solamente, a igual que la Antioquia primitiva.

Resumiendo, llegamos a esta conclusión: el 25 de noviembre de 1541, Robledo fundó la ciudad de Antioquia en el valle de Ebéjico; luégo Cabrera la trasladó al valle de Nore; posteriormente—1546—el conquistador regresó de España y fundó a Santafé de Antioquia en el valle de Tonusco, y por último Gaspar de Rodas hizo el traslado jurídico de la Antioquia del valle de Nore a Santafé de Antioquia.

En síntesis, en Santafé de Antioquia se refundieron las tres Antioquias, y a Robledo le cupo el honor de llevar a cabo las dos fundaciones principales, ya que las otras operaciones no fueron más que simples traslados.

El doctor Antonio José Restrepo expresa en uno de sus escritos que Gaspar de Rodas fundó a Antioquia, y fue que él confundió el traslado de Gaspar de Rodas con la fundación de Santafé de Antioquia por Robledo. Pero ya dejamos demostrado, apoyados en el estudio del doctor Antonio Gómez Campillo, que Gaspar de Rodas no llevó a cabo tal operación. Indiscutiblemente el mariscal Robledo fue el fundador de Antioquia, y la fecha acordada para el cuarto centenario, 25 de noviembre de 1941, es la que está dentro de la verdad histórica.

### Algunos de los hombres ilustres de Antioquia

La nómina completa de los hombres de personalidad que en toda hora y momento han contribuido a la consolidación de nuestra nacionalidad, a igual que el progreso y buen nombre de la República, sería materia suficiente para escribir un extenso volumen. De ahí que sólo haremos mención de Manuel

del Corral —hijo del dictador don Juan del Corral— quien se destacó en las milicias por su arrojo y pericia e impulsó la agricultura con magníficos resultados para el departamento. (El gran espíritu del dictador del Corral fue modelado bajo la influencia de ese ambiente en donde contrajo matrimonio). Pedro y José María Arrubla, patriotas insignes y mártires de la Independencia; el doctor José María Martínez Pardo, sabio eminente y destacado gobernador de la provincia de Antioquia; don Juan Esteban Martínez, sereno y noble ciudadano y reconocido filántropo; el General Juan María Gómez, varón de gran virtud y de capacidad múltiple; su nombre está dilatado en la historia nacional, debido a que como diplomático, estadista y militar, fue de los más acuciosos y acertados en la formación de esta república. El señor obispo Jesús María Rodríguez, eminente figura y prestante conductor espiritual; el doctor Juan Esteban Zamarra, soberbia inteligencia, magnífico jurista e incansable batallador en pro de la idea democrática; fue admirador del general Tomás Cipriano de Mosquera, y como escritor de estilo defendió con gallardía al gran general de los cargos que le hacían sus enemigos políticos. El doctor Juan Antonio Pardo, brillante parlamentario y uno de los ministros más ilustres de la administración del doctor Miguel Antonio Caro; el doctor Gregorio Gómez Arrubla, hombre de talento y mejor jurista; el doctor Antonio J. Luján, esclarecido jurisconsulto y magistrado del tribunal superior por largo tiempo; el doctor Faustino González, galeno ilustre y austero, y reconocido benefactor de la tragedia humana; Juan Clímaco Toro, hermosa inteligencia suspendida en el ascenso victorioso para honra de su ciudad natal; el señor presbítero Francisco Luis Toro, quien con su probado talento y reconocidas virtudes, aprestigia el gobierno eclesiástico de Antioquia. Su colaboración como hombre versado en historia ha sido de gran trascendencia para dilucidar el discutido problema acerca de la fundación de su ciudad natal. El doctor Juan Bautista Londoño, relievante hombre de ideas y mejor ecuanimidad; el doctor Rafael del Corral, representante genuino de esa ciudad ilustre, uno de los más tildados gober-

nantes del departamento; el señor obispo Francisco Cristóbal Toro, Cayetano Villa, Pablo Pardo, José María Ortiz, José Fernando Uruburo, Jesús del Corral, Ramón Peláez, etc., ciudadanos de magnífico talento, ilustración y de espíritu progresista. Don Ramón Peláez se formó en esa ciudad, y luégo contribuyó con su acendrada dignidad y demostrada capacidad de financista, al buen nombre y ensanche industrial de esta sección de la república. El doctor Antonio Gómez Campillo, hombre de pensamiento, gran jurista, escritor, historiógrafo destacado y presidente de la Academia de Historia del departamento. Con valores de la talla de los doctores Gómez Campillo y Fernando Gómez Martínez, sobrino de él, este pueblo se ganaría un gran nombre por derecho propio. La ciudad de Antioquia debe sentirse muy complacida por contar entre sus hijos a tan pulquérrimos varones. Que no se diga que ensalzamos por ensalzar; ellos bien saben, especialmente Gómez Martínez, que cuando escribimos nos dicta la franqueza y la razón, mas nó sentimientos viciados. Estamos distanciados en materia ideológica, pero el sectarismo y la pasión son plantas que no germinan en nuestro predio. El es uno de los jefes del partido conservador —Gómez Martínez— y el que escribe —aquí dejaremos momentáneamente la pluralidad ficticia que hemos venido empleando— es más que un soldado de la democracia. Cuando tenemos que combatir, combatimos sin temores ni cobardías; creemos haberlo probado en ocasiones pretéritas, pero cuando debemos ensalzar, ensalzamos. Gómez Martínez se perfila entre nosotros para honra de la ciudad de Antioquia, del departamento y del país.

### **Cooperación del gobierno en el Cuarto Centenario**

Magnífica comprensión ha habido por parte del departamento acerca de la colaboración en la festividad patria que se avecina. Pues la suma de dinero apropiada para construir en la ciudad de Antioquia un hotel que seguramente llevará el nombre del mariscal Robledo, es una demostración expresa de buena voluntad y de significación verdadera. Nada más acertado que la construcción del mencionado hotel, debido a que frecuentemente los turistas

y las personas extrañas en general, se encuentran con la mortificante circunstancia de falta de comodidad y de confort que el lugar requiere. Llevada a cabo esta empresa, seguramente se avivará el entusiasmo por nuestro pasado, se vulgarizará el conocimiento de nuestra historia y se vitalizará económicamente la génesis de esta sección del país. Este no sólo es un caso de gratitud, sino de conveniencia general. Y nada más indicado que el nombre que llevará el hotel; así la memoria del Mariscal Robledo perdurará más en la conciencia del pueblo por quien lo sacrificó todo, inclusive la vida.

Hemos tenido noticia de que las casas en cuyo suelo se levantará el edificio han sido demolidas. Todo indica que la empresa se llevará a cabo en poco tiempo.

En lo que dice relación al acueducto, servicio público de necesidad imperiosa, el gobierno nacional seguramente prestará su contingente, máxime que para ello se cuenta con el apoyo del jefe de la administración, doctor Aurelio Mejía. El señor gobernador sabe cuán inaplazable se hace este servicio público, el cual, sin lugar a duda, es más apremiante que cualquiera otro en dicha ciudad. Hay que proteger la raza, y la higiene es uno de los medios más indicados para ello; pero en donde se carece de agua no puede haber higiene, mas sí un motivo de constante peligro para la misma. Con el acueducto propiamente no se coopera al festejo próximo, sino que se responde a un clamor social y se realiza un hecho de carácter netamente administrativo.

### Conclusión

Terminamos este trabajo estimulados por el mejor optimismo acerca de las realizaciones futuras con que se honrará a la ciudad de Antioquia. El departamento siempre ha apoyado las solemnidades de esta naturaleza, y extraño sería una nota discordante después de una tradición tan ajustada al estímulo de las cosas grandes.

Nuestro deseo queda satisfecho al escribir algo en torno a la nobilísima ciudad que brilló primero

que todas bajo este cielo antioqueño, y si en algo contribuimos a la divulgación de su pasado, nuestra satisfacción será verdadera.

Honremos la memoria de los grandes muertos, dijo alguien. Honremos la fuente que informó la personalidad de la raza antioqueña, expresamos nosotros.

Medellín, febrero de 1940.

**Jorge Ospina Londoño**

---

## SANTAFE DE ANTIOQUIA

Santa Fe de Antioquia se prepara para celebrar el cuarto centenario de su fundación. Cuatrocientos años de existencia y vividos permanentemente al servicio de la patria constituyen un título nobiliario para esta ciudad meritísima, cuna de una raza y madre de un gran pueblo.

Cupo en suerte al capitán Francisco César descubrir el territorio antioqueño en excursión de pocos días. Un corto viaje a través de la cordillera de Abibe, saliendo de San Sebastián de Buena Vista, permitió a este gran capitán conocer un pueblo civilizado, industrial y rico y si no le fue posible descubrir el dorado, la expedición sí dió alto rendimiento.

Sólo en noviembre de 1541 el mariscal Jorge Robledo que traía la ruta Cartago, Pácora, Arma, Valle del Aburrá, Heliconia y el Valle de Ebéjico plantó en este último la ciudad que debía ser legendaria y que llamó Santafé de Antioquia, la que serviría de centro de defensa de los territorios conquistados.

La ciudad cobró vida y sus habitantes empezaron a irradiar hacia las comarcas vecinas en busca de facilidades para explotar las minas de tan rico territorio. Es muy posible que esa inclinación minera de nuestros primeros pobladores restara vida y esplendor a la ciudad de Antioquia, porque sus hi-